

(5)

LA  
BELLA ASTURIAS

POR

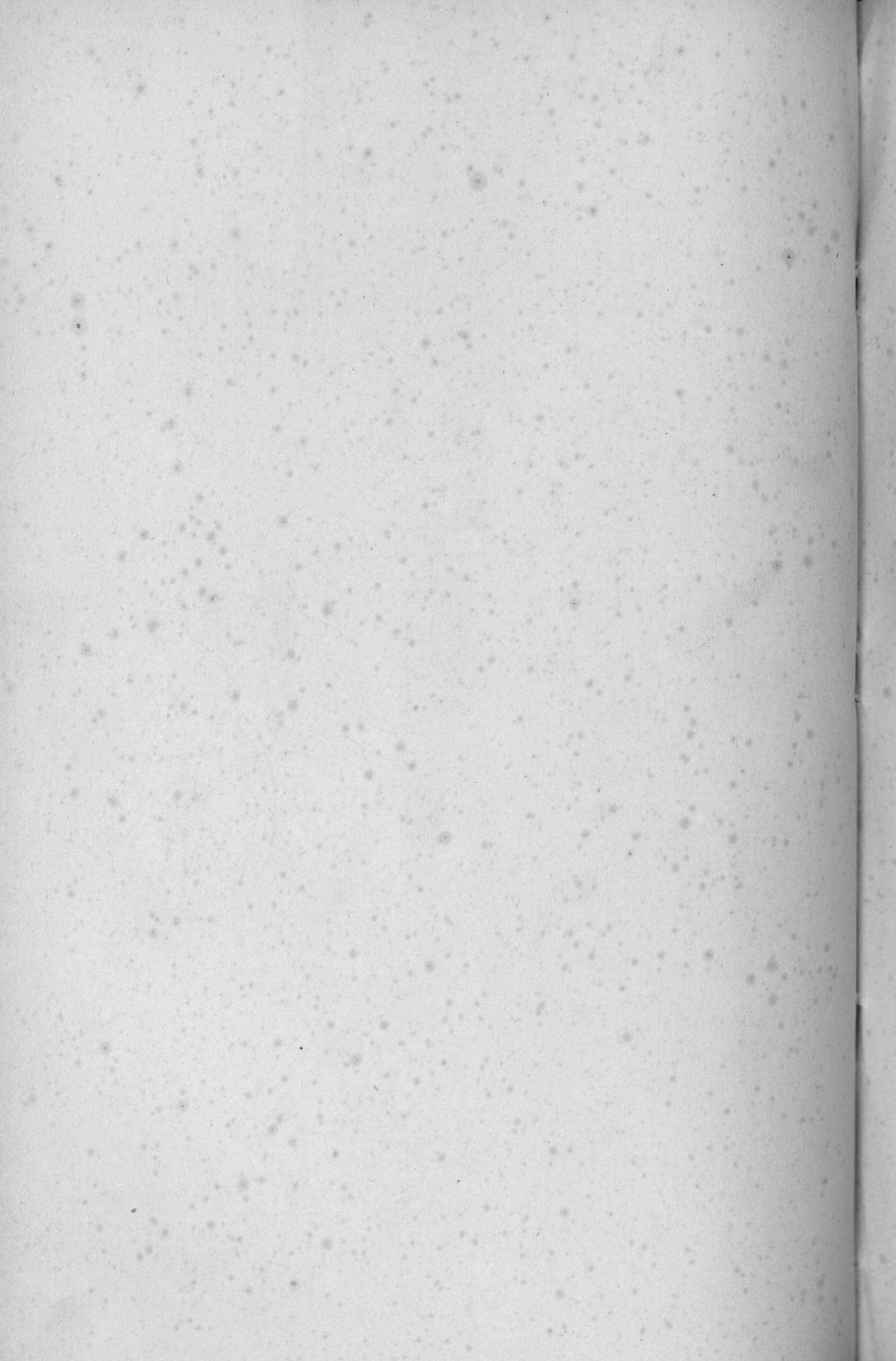
A. PULIDO



MADRID  
IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS  
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.  
1895

A. 1381205994







*A D. Octavio Bellmunt (de Gijón),*

*Doctor en Medicina,*

*Su fraternal amigo,*

*El Autor*







## ASTURIAS

---

Como tus rocas formidable y rudo;  
Como tu mar espléndido y luciente,  
De una edad á otra edad, de gente á gente,  
Guardas ¡oh pueblo! tu inmortal escudo.

Rendirte quiso el árabe sañudo  
Que en Covadonga doblegó la frente,  
Y de Austerlitz el águila insolente  
Oyó tu grito con asombro mudo.

No es menester que de entusiasmo llenas,  
En palacios ó templos ó cabañas,  
Las cítaras por ti vibren serenas,

Que han escrito en la historia tus hazañas  
La sangre que vertiste de tus venas  
Y el hierro que arrancaste á tus montañas.

MANUEL DEL PALACIO.

¡Cuán hermosa es nuestra España!

Muy hermosa, sí; pero también muy desconocida, y, por esto, sin duda, muy poco amada de sus hijos.

Situada geográficamente en uno de los extremos de Europa, en lugar donde libraron sus últimas batallas las gloriosas civilizaciones mediterráneas, y de donde partieron los primeros y casi legendarios héroes que comenzaron la serie, hoy novísima, de las civilizaciones interoceánicas, ningún otro pueblo le aventaja en lindos panoramas que deslumbren los sentidos, ni en monumentos arquitectónicos que embarguen el discurso; ninguno en motivos tan magnos de embeleso y meditación para el hombre culto; y apenas mucho el ánimo que, siendo así, por culpa de nuestra lamentable indiferencia no la estimemos en lo que vale, ni atendamos á procurar que los extranjeros la conozcan y aprecien, para goce suyo y beneficio nuestro, como puede y debe ser conocida y apreciada en los presentes tiempos, gracias á la comodidad y rapidez de las comunicaciones en uso.



Bañada por tres distintos mares, que acarician sus playas y azotan sus acantilados con olas nacidas en los parajes extremos de la tierra, tiene por litoral larguísima y paradisíaca vega, donde se cosechan los más azucarados frutos y se recogen vistosas y aromáticas flores; y tiene en su centro, en esa ingrata y fría meseta donde el cierzo ondula ricas mieses que alfombran vastísimos llanos, muy interesantes poblaciones que todavía guardan moles arqueológicas que atestiguan la varonil independencia, la noble arrogancia y ferviente religión de nuestros antepasados.

Ha recorrido quien esto escribe algo nuestra Europa, y advierte que pocas naciones podrán presentar en menos terreno mayor variedad de climas y de panoramas. En Andalucía, el sol es ardiente y su luz muy intensa; el cielo de vigoroso azul; el suelo ocráceo, con grandes planos de tierra tostada; pitas y nopales robustos, cubiertos de polvo, bordean caminos y carreteras, majuelos y olivares; el natural es seco, fino, de bronceada piel, mezcla de griego y de morisco; son de cuerda sus instrumentos músicos, lánguidos y quejumbrones sus cantos hipnóticos, y todo ello revela que, con estrecho de Gibraltar y sin estrecho, aquella tierra es la misma que al otro lado corre por el africano suelo hasta la cordillera del Atlas.

Suba el viajero algunas leguas por la levantina costa, y, aunque muy poco observador sea, en Murcia, Alicante y Valencia hallará numerosas comarcas donde crea disfrutar de los más decantados panoramas del Oriente asiático. Cielo de suave azul, y sol más claro; á lo lejos las cordilleras se pintan con tintes de lapislázuli y amatista; una vegetación donde predominan almendros y algarrobos, la palmera, alta y esbelta, y el naranjo y limonero, de fuerte y lustroso verdor, cubre los huertos; las casas, pintadas de blanco, azul y amarillo, tienen en sus muros y en sus terrazas grandes planos y entrecruzadas líneas rectas; copiosas flores y hortalizas alfombran las vegas y saturan el ambiente con un aroma que embriaga; la almendra, el pimentón, la seda, el dátil, la naranja, especies varias constituyen su riqueza agrícola; y el hijo de tan feraz y hermosa tierra lleva en su sangre, hirviente y apasionada, y en la delicadeza de su línea, la herencia fiel de fenicios, cartagineses y romanos, que allí arribaron de Oriente y Sur, y fundaron sus primeras ciudades.

Como nuestro Mediodía es África, y el Este es Asia, el Norte es aquel característico y austero suelo de Europa que contempla la vista á poco de viajar por sus naciones más renombradas y poderosas. Cielo gris, tristón; abundancia de humedad en la atmósfera; luz fría y pálida; casas morenas, techos ya rojos ya pizarrosos; bosques y sel-



vas de apretados robles, castaños y nogales lo cubren todo; por las vertientes de sus montañas trepan los campos de tupido maíz con sus rubias mazorcas balanceadas al empuje de fuertes vendavales; las doradas y rojas pomas dan el mosto agridulce de la sidra; las cañadas y repliegues de los montes parece que guardan en las tradicionales danzas sentidos cantos guerreros, que acompañan con la gaita y la dulzaina, instrumentos de aire; el campesino es pacífico, dócil, austero, trabajador, y en su cabello, del tinte de aquel lino cantábrico que mucho celebraban las matronas elegantes de Roma, denuncia la mezcla de antiguas razas muy distintas de las que predominaron en los otros lugares.

En la meseta central de ambas Castillas, con estar tan desacreditada su belleza, no hay sólo esos productivos campos de labor que hicieron tan codiciado nuestro país del imperio romano, porque le estimaron como el granero más privilegiado de la Tierra, sino que además guarda entre los pliegues de su quebrado suelo valles deliciosos, y sirva de ejemplo el de Lozoya, que muy contados españoles gustan conocer y admirar; y por doquiera se alzan esas históricas ciudades, corte un tiempo de pequeñas pero heroicas monarquías, en las cuales puede recoger el espíritu inefables emociones de muy variada naturaleza que jamás olvida.

Abundan tanto, que en el viaje desde Madrid á Asturias, adonde muy pronto llegaremos, nos salen al paso, invitándonos á visitarlas Segovia ó Avila, según la línea por donde vayamos; luego, algo desviada, á dos horas de Medina, está Salamanca, y más cerca ya del principado, León.

Nunca he podido explicarme cómo siendo Segovia ciudad tan principal por sus antigüedades, es tan poco estimada de los extranjeros, y la visita tan escasa gente, en proporción á los miles y miles de viajeros que debieran ir todos los años á recrearse en sus numerosos y muy notables edificios. Porque ¿gustáis de contemplar restos de la dominación de los Césares? Pues no hay palabras con que expresar el asombro y entusiasmo que despierta su acueducto, fino, aéreo, elegante, sin rival en punto alguno, ni siquiera en Italia; y salvo el desgaste de sus aristas y la majestuosa patina de los siglos, diríase que tan admirable fábrica está como en los tiempos de Trajano, cuando se supone fué construído. ¿Gustáis de contemplar delicadezas y restos árabes? Pues conserva la ciudad ajimeces, arcos primorosos y purísima sinagoga con muy peregrina leyenda. ¿Gustáis de los templos románicos? Tiénelos en gran número, y algunos por extremo notables. ¿Gustáis de las construcciones bizarras de los feudales tiempos? Pues



representa el alcázar, con su fantástica y adusta mole, su emplazamiento sobre escarpada roca, el donaire de sus cresterías y almenados, de sus salientes y torreones, un tan precioso ejemplar de los castillos dispuestos para las defensas y luchas de los siglos medio evales, que embelesa los sentidos y alborota el pensamiento con mil extraños recuerdos. ¿Gustáis de las opulencias del estilo ojival? Ahí está su catedral, rica en ornato de follajes, agujas y botareles, merecedora de interesante visita.....; y de este modo la humilde y desatendida ciudad de Alfonso X, atestigüa con restos suntuosos haber sido rica y poderosa en pasados siglos; y aun sus calles y sus barriadas,—por causa del extremo abandono, hoy conservadoras de muy venerable y expresiva antigüedad,—impresionan hondamente el espíritu, y despiertan la uncióñ sentida de la historia, solemne y venerable.

Pues cerca de Segovia alza sus no menos interesantes monumentos la ciudad de Avila, tantas veces pasada de moros á cristianos, y viceversa, cuyas magníficas murallas del tiempo de Alonso VI parecen dispuestas todavía á resistir fieros asaltos, y en cuyo interior y alrededores abundan muy preciosos templos, algunos, como la basílica de San Vicente y la ermita de San Segundo, de legendaria antigüedad.

Con desviarse algo á la izquierda al llegar á Medina, damos en la muy sabia y por demás interesante ciudad de Salamanca, donde á poco de entrar ya conmueven y enamoran tantos y tan preciosos tesoros como allí dejaron los estilos románico, gótico y plateresco, y la opulencia de colegios y fundaciones que brotaron al poder de la religión, las letras y las armas. Visitando las capillas de la catedral vieja, en cuyos claustros nació la escuela salmantina; sentándose en el viejo sillón de los graduandos en la de Santa Bárbara; contemplando las inspiradas esculturas yacentes de la de San Bartolomé, panteón de la ilustre familia de los Anayas; viendo con el debido respeto la vieja fábrica aun subsistente de la catedral primitiva, mitad santuario y mitad fortaleza, y el no menos antiguo templo de San Martín, aun no bien conocido de los propios salmantinos; arrobando el alma ante los primores góticos de la nueva catedral, bella y rica entre las que más lo sean..., no hace el ánimo otra cosa que prepararse para admirar con entusiasmo las filigranas platerescas de las portadas del convento de religiosos dominicos, ó de San Esteban, y del edificio de la Universidad, colmo de cinceladuras delicadísimas, obra primorosa de exquisito gusto en parte ninguna superada, expresión mágica de los refinados esplendores de un estilo que ha llegado á la cima de la inspiración en los motivos, y de la manufactura en el labrado.

Acercándonos más á la hermosa provincia asturiana llegamos á



León, ciudad que sintetiza, como ninguna otra española, todas las grandezas arquitectónicas de las pasadas epopeyas; porque allí está aún perfectamente trazado, con su rectangular figura y sus puertas, el característico campamento de aquella *Legio septima gemina, pia, felix*, que el imperio romano puso en las fronteras de Asturias para contener y sujetar á sus bravos y aguerridos naturales; lo cual, con notables mosaicos y otros restos expresivos encontrados, transporta el pensamiento á los tiempos de Augusto; allí las murallas y sus robustos cubos almenados, amasijo de ladrillo, mortero y sillería que se alza arrogante como las murallas de Avila, y recuerda los batalladores tiempos de Almanzor y los Alfonsos; allí la hermosa y veneranda basílica de San Isidoro con su panteón de reyes, donde se guardan las cenizas de Ramiros, Sanchos y Veremundos, reyes y príncipes, en sepulcros tan perfectamente armónicos con la adustez y rusticidad del templo, que evocan al punto el recuerdo de aquellas monarquías medio heroicas y medio bárbaras de los primeros siglos de la reconquista, y muy especialmente del siglo XI, con los reyes Fernando I y doña Sancha, quienes hicieron de piedra el templo según ahora es, para devoción del cuerpo de San Isidoro, trasladado de Sevilla, y para sepultura de los monarcas leoneses; allí la catedral gótica, filigrana de piedra, encaje deslumbrador, apoteosis magnífica de las maravillas de esa cristiana arte, donde las gallardas torres, las cresterías y muros erizados de agujas, pináculos y botareles; las rasgadísimas ventanas ojivales, y los maravillosos rosetones de trepada cantería; los coronamientos fantásticos; los vidrios, con escenas y santos pintados, donde se tamiza la luz que inunda las naves con seductora gama de suavísimos colores, como un órgano llena el ambiente con grata variedad de dulces sonidos; las columnas que ganan elevadas alturas para desparramar sus juncos por las bóvedas; las portadas, antepechos y guarnecidos poblados de estatuas y cubiertos de follajes; las sillerías de costosa talla y las verjas de meritísima forja..... todo tan opulento, grandioso y de excelencia suma, que magnifica el alma con esa plenitud de sentimiento y de emoción que producen las catedrales góticas en sus más aparatosas creaciones; y allí, en fin, el convento de San Marcos, en cuya espaciosa fachada lucen puertas y ventanas de medio punto, pilastras y frisos, hornacinas y medallones del lujoso estilo plateresco, en su mayor riqueza y más escogido gusto, formando una obra maestra, que recuerda siempre con encanto la memoria; ciudad, en fin, que hiere el espíritu con sus grandezas, y también le prepara convenientemente para visitar Asturias, y estimar lo que allí ha de ver como recuerdo de más antiguos y azarosos tiempos.



Desde la ciudad de León, rodeada por frondosas alamedas, cambia el panorama de aspecto, como anunciando la proximidad de muy diferentes tierras; el suelo, siempre llano y de remotos horizontes, con sus campos amarillentos en la canícula, cuándo por las rubias mieses, cuándo por el seco rastrojo, se hace quebrado y viste de arboleda; aguas vivas y rumorosas saltan entre peñas guarnecidas de musgos y líquenes; corrientes de estrecho cauce serpean por barrancos; una brisa fresca procedente de las montañas que cierran lejos el paisaje acaricia el rostro, y todo atestigua un cambio notable en la constitución del suelo. Imposible es llegar á Busdongo, donde hace pocos años todavía ganaba el viajero la diligencia para salvar con inevitable terror la peligrosa carretera del puerto de Pajares; imposible, asimismo, llegar hoy á las estaciones de Navidiello y Puente de Fierros, donde las montañas imponentes, los abismos vertiginosos y los despeñaderos abruptos y dantescos, lucen en toda su apocalíptica majestad, sin que el corazón se sienta profundamente conmovido, y el amor á la tierra nativa, exaltado con indomable emoción ante la magnificencia de aquel cuadro, humedezca los ojos y obligue á exclamar, cual otro Vasco de Gama, ante el deslumbrador espectáculo de la India, rica y bella: «¡Paraíso, tierra divina de mis sueños, recibe mi bendición y mi saludo!»

Hice en el año 1892 el último de mis viajes por Asturias, y entonces, como siempre, me acometió vivo deseo de moverme; de pasear de uno en otro sitio; de sacudir mi espíritu hasta la saciedad contemplando sus paisajes, sus monumentos, sus industrias y sus costumbres; de oír sus habitantes, tratarlos y quererlos, hallando por doquiera encantos y seducciones, idilios y grandezas que me impresionaban, como si en mi alma de madrileño surgieran nostalgias y ternuras de misteriosos progenitores asturianos.

¡Cuán hermosos me parecían todos, todos sus panoramas!: aquella desembocadura del Nalón en el mar, grandiosa, admirable, de indiscutible belleza; aquel amplio y majestuoso valle de Villaviciosa con su lindísima y arcaica población, de señorial abolengo, que traía á la memoria su conocido cantar:

Villaviciosa hermosa,—qué tienes dentro  
Que me robas el alma—y el pensamiento.....

y el valle de Cangas de Onís con su pintoresco puente, cuyo espacioso arco encuadra un paisaje muy lindo, que ni Ruysdael le soñara tan hermoso... Además, ¡qué bien distinguía luego los tipos de sus varia-



dos panoramas, según pertenecían á la región marina, ó costa; á la vega, ó centro, y á las montañas, ó mediodía!

De entre las primeras recordaré siempre con singular deleite y respetuoso cariño, la ribera de Soto del Barco, no sólo por su grandiosa belleza, sino también porque en uno de los pliegues de la quebrada comarca, entre laberintos de tupida verdura y boscaje, se oculta un lugarcillo que llaman Caseras, y en lado extremo suyo hay muy pobre casita, ennegrecida por los años y el humo, donde nació mi ya difunto padre. Siempre que por allí voy el corazón me late con inefable sentimiento, porque si el alma recuerda tiernas narraciones de oscurísimos antepasados, los ojos se embelesan saltando la mirada de monte en monte por un panorama de muchas leguas, que comprende la jurisdicción de numerosos concejos. ¡Es soberbio el paisaje! En el centro resplandece la corriente de la ría de Pravia, donde concluye el Nalón, que supera á todos los demás ríos de Asturias por su cauce y pintorescas márgenes, y se dilata allí con expansiones que forman á modo de lago antes de verterse en el mar, distante pocos metros; de sus orillas arrancan grandes montañas que se suceden en anfiteatro hasta perderse en términos lejanos, apareciendo, cuándo con pedregosas calvas, cuándo recubiertas por bosques de apretados pinos, castaños, robles y nogales, formando manchones de muy variado tono, una sinfonía riquísima de matices del color verde. Pueblos, caseríos, quintas rodeadas de jardines, hoteles elegantes..... abundan por doquiera la vista camine; allá está Soto del Barco, y en lugar solitario y predilecto la renombrada casa de Ponte; cerca del mar, sobre colina caprichosa, las ruinas de un castillo moro, esbeltas y bien asentadas como si fueran fantástica creación de un lindo infantil Belén de Navidad; más allá se divisa faja de áurea playa, confinando con el sombrío y vigoroso azul de las ondas del Cantábrico, marcando el sitio donde río y mar se juntan, y donde hay un pueblecito de pescadores llamado el Arenal, si bien recuerdo; enfrente está Muros, en lo alto de una loma por cuya falda parecen bajar al agua preciosos caseríos, entre ellos el hotel que hiciera el malogrado pintor Plasencia para mansión de verano y centro de una colonia de artistas, que allí fueron seducidos por tan mágica perspectiva; y más abajo, cruzando de uno á otro lado de la ría, largo y magnífico puente de hierro; por distinto sitio se ve Riberas de Pravia; sobre un altísimo cerro la blanca iglesia de Santa Ana, dominando como un pararrayos todo el paisaje, lugar privilegiado donde se goza de una amplitud conmovedora de cielo, piélago inmenso del espacio con luces de diferentes tonos y, casi de continuo, con nubes de muy bizarras apariencias; de agua, ya



en forma de ría, ya de lago, ya de mar; de verdes, ya en los prados con sus alfombras de hierba y sus cónicas varas, ya en los maizales y en los sombríos y seculares bosques; de carreteras y caminos, de bardales y setos, enredijo de madreselvas y jarales, majuelos y zarzamoras; de iglesias, villas y aldehuelas..... todo formando un conjunto escénico dilatado, majestuoso, patriarcal.

Más risueño, sencillo y coquetón es el panorama de sus valles de la zona media, como los que pueden contemplarse en el lindo trayecto de Oviedo á Infiesto, el cual hoy salva un ferrocarril de vía estrecha. Parece que se recorre un parque aristocrático. Rientes y graciosas colinas presentan alegres cañadas, que á veces adquieren las proporciones de pequeñas y dulces vegas. Es muy característica su composición: el caserío de tonos oscuros y amplia galería de tablas; á su lado curiosas trojes montadas al aire sobre cuatro ó seis pilares, y á las cuales se conoce con los nombres de *hórreo* y *panera* respectivamente; en lo alto de la colina la iglesia rústica con su airosa espadaña y en ella bronceada esquila; el prado con la yerba maciza, segada como si fuera espesa alfombra; el campo de maíz con sus airosas cañas y sus barbudas mazorcas; desperdigados frutales cuajados de ciruelas purpurinas, pomos y cerezas del color de fuego; los grandes castaños y nogales, de robustas y frondosas copas; los bardales de punzantes zarzamoras y espinos; las portilleras y cercas de cantería tapizadas de madreselvas y otras parietarias, muy frecuentemente la hiedra lustrosa y fresca; el ganado vacuno que pasta y suena cadencioso cencerreo; las carretas abrumadas con sus cargas de hierba y heno, que salvan, bamboleándose, los difíciles y empinados caminos, tiradas por parejas de bueyes de corta alzada, y atronando la comarca con el agudo y prolongado chirrido de sus ejes fuertemente rozados contra las cajas; canto extraño que impresiona y hace exclamar con Rueda:

Su música salvaje de agria armonía  
Se une al bravo torrente que hayas destronca,  
Y yo no sé qué acordes hay de poesía  
En su canción terrible, bárbara y ronca.....

y todo ello bajo un cielo gris, alumbrado con una luz diáfana, y humedecido con la tenuísima neblina que mantiene mucha cantidad de vapor acuoso en la atmósfera.

Es sublime el escenario de sus regiones ásperamente montañosas; abrupto, solemne, como mansión gigánteica de ciclópeos seres; lugar dantesco que impresiona y conmueve por sus arriscados picachos y sus colosos de granito, sobrepuestos unos á otros en cordilleras que



atestiguan las tremendas convulsiones que allá, Dios sabe durante cuáles lejanos y misteriosos tiempos, hubo de padecer nuestro planeta cuando los conflictos de tremendas luchas apocalípticas entre sus elementos formadores, agua, fuego y materias fundidas. Quien de tan soberbios cuadros guste, acérquese al cerrado paraje donde, en el hueco de inmensa roca, se venera la gloriosa efigie de Nuestra Señora de Covadonga; y mejor aún, avance algunas leguas por la pavorosa carretera llamada del Pontón, que desde Cangas de Onís se dirige á tierra leonesa, allí próxima, y seguramente ha de sentir más de una vez fuertes vahidos que pongan á prueba su cabeza, y profundos asombros que conmuevan su espíritu. La carretera de La Espina á Cangas de Tineo, por su trazado costoso y sus callejones practicados con barreno en la dura piedra, como la que se dirige desde Pravia á Cudillero costeano altísima montaña y precipicios vertiginosos, y otras varias que el principado tiene, son verdaderamente notables por tal concepto; pero ninguna de las que yo he visto aventaja á la primeramente citada, obra de ingeniería por extremo curiosa, labrada á pico y barreno en gigantescas moles de granito y cuarzo, en la falda de taludes y vertientes muy inaccesibles, donde á menudo se ven grutas y oquedades guarnecidas de concreciones estalíticas, siempre á lo largo de una garganta estrecha que se prolonga leguas y leguas, y tiene por paredes muy altos montes de piedra, y allá, en su fondo, un río que corre y salta con grande rumor, y sobre el cual, á centenares de metros de altura se tienden, de una falda á otra de ambas montañas, muy cortos puentes cuyo cruce causa verdadero espanto.

Villas tan preciosas como la de Avilés; pueblos tan raros y sorprendentes como Cudillero, que parece concebido y planeado entre las extravagancias de una calentura; dársenas trazadas como por inteligente dirección, que constituyen puertos naturales, donde los barcos pueden encontrar seguro abrigo contra las tempestades; regiones de clima suave y costero, donde el naranjo luce el obscuro verdor de sus hojas y el almendro la blancura de su flor temprana, juntos al laurel y la magnolia que adquieren grande y vigoroso desarrollo....., esto y mucho más que gozaron mis sentidos, y ahora no recuerdo, hace de la provincia, bajo su aspecto panorámico, un verdadero paraíso.

Gocé también el gran placer de recrearme con las manifestaciones poderosas de su vida industrial y de su riqueza minera, que anuncian envidiable prosperidad para los futuros tiempos. Las grandes explotaciones metalúrgicas de Mieres, con su bosque de chimeneas flameantes, que mantienen densa columna de humo en el espacio, como sucede en los grandes centros de Bélgica y de Inglaterra; la rica fundición



titulada *La Felguera*, en Sama, y las renombradas fábricas de cañones y fusiles de Trubia y de Oviedo; las no menos grandiosas de porcelana, de cristal, alambrado y clavos de Gijón, todas con sus altos hornos encendidos, sus vastísimos talleres, el número cuantioso de sus obreros y el franco aspecto de animados centros fabriles; las cuencas carboníferas por doquiera abundantes, Langreo, Mieres, Lena, Aller y Riosa, muchas á flor de las mismas carreteras, y los criaderos de hierro de San Pedro y de la Grandota, Villaperí y Naranco; los de cobre, minio y otros metales útiles; la construcción de sus nuevos puertos, el Musel, en Gijón, y Salinas, en Avilés, que han de aumentar la riqueza comercial y el desarrollo de las explotaciones industriales, todo me hacía ver la provincia bajo un aspecto no menos hermoso y más transcendental que el de sus bellezas topográficas: la Asturias de lo porvenir, rival de Vizcaya y Huelva por las explotaciones de su rico subsuelo, y rival de Barcelona por la actividad inteligente y obrera de sus hijos; la Asturias, en fin, que ha de presentar á la curiosidad de los visitantes el encanto de sus panoramas y las grandezas de su historia, como una vestidura de mero ornato y un timbre de respetuosa heráldica, que adorna y dignifica sólo la opulencia positiva y moderna de su fabril esplendor.

En aquel viaje mi atención y cariño se fijaron, como nunca lo había hecho, en el *bable*, dialecto astur, muy semejante al romance castellano de los siglos XII y XIII, verdadera madre de nuestro actual idioma nacional, tan delicada y grata al oído, que de ella decía Acevedo, un ilustre poeta bablista natural de Oviedo, ser:

Blandina, dulce y sabrosa  
Como la miel de la abeya.

Todas las bellezas requieren circunstancias y ocasiones especiales en el individuo que ha de conocerlas, para estimarlas debidamente; y por lo que á mí se refiere, y tratándose de ésta en particular, hubo de proporcionarme ocasión de oír y estimar el *bable*, ó dialecto asturiano, mi querido amigo y comprofesor el doctor Bellmunt, de Gijón, poniéndome en trato y amistad con el popular poeta regional Teodoro Cuesta.

Este celebérrimo vate, no menos conocido, y con razón estimado de todo asturiano de buena raza, como puede serlo Zorrilla de todo español, es un hombre inteligente, ingenioso, delicado, de alta inspiración poética, tan desarrollado en la naturaleza y el sentimiento de su provincia, que de él diríase, en justicia, parece una encarnación de Asturias con todas sus ternuras y encantos, con todos sus cuentos y leyendas. Narrador primoroso y colorista en alto grado,



al par que modesto y agradecidísimo á cualquiera demostración de afecto, como no habla ni compone sino en *bable*, y como su musa tierna y filigranada unas veces, retozona y picaresca otras, sólo en temas asturianos busca inspiración y ambiente, á las pocas horas de conocerle y oírle se os ha metido en el corazón, y con su trato os ha insinuado en el alma la poesía dulce y sentidísima de aquella su hermosa tierra, á la cual ya es irresistible adorar, y han dedicado las galas de su ingenio inspirados babilistas de tanto renombre como los poetas González Reguera, Bernaldo de Quirós, Hévia, Flórez de Prado y otros muchos que fuera prolijo citar aquí (1).

Sólo entonces pudo deleitarme la melodiosa y grata música de aquel dialecto, del cual decía el ya citado Acevedo, con plausible amor de hijo cariñoso:

Gústeme porque yes probe,  
Tan probina como vieya,  
Fabra dulce de mió Asturias,  
Encanto de la mió tierra.  
Gústeme porque, homildica,  
Como l'homilde violeta  
Que non piensa 'n ser carbayu,  
Nin pino, nin clavelera,  
Vives como fai mil años  
Escondida nas aldeas.....

¡Cuántas veces después de oír á Cuesta leer ó recitar con noble entusiasmo, algunas de sus inspiradas composiciones, quedaba en mis oídos, cual dejo de un suspiro tierno, la dulce melodía del *bable*, mientras en mi corazón nacían emociones de una poesía conmovedora! Gustaba en las soledades mi pensamiento de repetir algunos de aquellos lindos y antiguos romances, expresión de ausencias amorosas, como por ejemplo el que dice:

Ay, galán, vistí aquella?  
Vila, y faley con ella.  
Amor el que yo amaba,  
Amor el que yo viera;  
Fose á la romería,  
Fose, ya non viniera.  
Cartas las que m'escribe  
Rellataba so lletra:  
Ven per ecá, mió vida,  
Ven per ecá, mió prenda.

---

(1) Véase la edición de *Poesías selectas en bable asturiano*, anotada y aumentada por D. Fermín Canella y Secades.



Camisa engordonida  
Cómo te la tejera!  
Camisa engordonada  
Cómo la recosiera.....

Las canciones populares me deleitaban con singular deleite; entre éstas recordaba, como expresión de su melodía fonética, aquella tan conocida en que un equivalente del verbo enredarse ó enzarzarse en castellano, *enguedeyar*, se prestaba á muy regocijado y picaresco empleo. Enguedeyar viene de *enguedejar*, es decir, la acción que padece un cordero, por ejemplo, metido entre zarzas; y después de esta explicación se comprenderá toda la gracia de la siguiente queja en labios de un mancebo:

Enguedeyeme, mas enguedeyeme,  
Enguedeyeme en aquel bardal,  
Enguedeyeme con una de á quince,  
Nunca me pude desenguedeyar.

Como Teodoro Cuesta me hizo estimar la delicadeza del bable, otro poeta, mi amigo el popular autor cómico Vital Aza, me hizo sentir la belleza de los cantos asturianos. Era una noche en que alrededor de larga mesa nos hallábamos sentados muchos médicos y periodistas, quienes de Madrid habíamos ido á la inauguración del establecimiento balneario de Borines; la cena había sido suculenta y animada y, en la sobremesa, ingenio y juventud suministraban motivos regocijados y entretenidos. Vital Aza, asturiano de nacimiento y de corazón, comenzó á cantar aires populares con voz muy simpática y sentido estilo, y poco después todos le escuchábamos con verdadero arrobamiento, y nos identificábamos con las melodías luctuosas y los motivos musicales de Asturias, que, entonados con primoroso arte por labios que sabían preceder las tonadillas de interesantes explicaciones, llegaban conmovedores al fondo de nuestras almas. Como dice D. José Hurtado, en una colección de cien cantos populares asturianos que dió á luz en 1889, son dulces y cadenciosas melodías, impregnadas, cuándo de un sentimiento melancólico, cuándo de vigoroso acento dramático, que pintan bien el carácter dulce y las costumbres sencillas de los naturales, sin desmentir la entereza y firme voluntad de los que un día realizaron la epopeya de Covadonga. Por mi buen amigo comprendí toda la inspiración de música de ópera y de sentida elegía que encierra la *praviana*; la gentileza y ternura de algunos cantos del puerto de Pajares; la delicada ingenuidad de aquella canción que dice:



Subir, subiré,  
Pero no bajaré  
La perita del arbole...

y otras muchas cuyos ritmos variados provocan distintas impresiones, y mueven á opuestos ejercicios en el baile, desde la airosa y suelta giralrilla hasta la reposada y primitiva danza.

Pero si los panoramas de soberbia belleza sedujeron mi vista, y las industrias y riquezas mineras fijaron mi atención, y los aires populares con la dulce fraseología del bable embelesaron mi oído, tuve en el año dicho otro motivo superior y de más excepcional contemplación, que llevó mi mente al estudio de las cuestiones arqueológicas, y á la meditación sobre los tiempos muy difíciles de nuestra reconquista: aludo á los templos latino-godos de los primeros monarcas asturianos.

Tiene el histórico principado iglesias notables, edificadas desde el siglo IX á la fecha, que le convierten en un rico museo arqueológico de estilos. Desde la torre y el claustro de la catedral de Oviedo, obras maestras del gótico en su más filigranado período y en su más esbelto atrevimiento, hasta el churriguerismo de peor gusto, y desde las preciosidades románico-bizantinas de los siglos XII y XIII,—de las cuales son muestras maravillosas, por ejemplo, San Juan de Amandi, cerca de Villaviciosa, un verdadero encanto por su gracia y delicadeza, y San Pedro de Villanueva, á orillas del Sella, cerca de Cangas de Onís,—hasta la iglesia moderna menos caracterizada, ó la basílica más ampulosa, como la de Covadonga, en construcción, tiene, sí, Asturias modelos para todos los gustos (1). Pero dejando cuanto pertene-

---

(1) El docto catedrático del Seminario Conciliar de Oviedo D. José de la Rosa y Cabal, ha clasificado los monumentos cristianos de Asturias del modo siguiente:

#### ESTILO ROMANO-BIZANTINO

##### Siglo IX

San Tirso de Oviedo, San Julián de los Prados, Santa María de Naranco, San Miguel de Lillo, Santa Cristina de Lena, San Salvador de Val de Dios, San Salvador de Priesca y San Salvador de Fuentes.

##### Siglo XII

San Pedro de Villanueva, San Salvador de Cornellana, San Juan de Priorío, Cementerio de Villamayor, Santa Eulalia de Ujo, San Bartolomé de Nava, Santa María de Narzana, Santa Eulalia de Lloraza y Colegiata de Arbas.

##### Siglo XIII

San Juan de Amandi, San Francisco de Avilés, San Nicolás de Avilés, Santo Tomás de



ce á estilos en otras provincias abundantes, ó sean las construcciones románicas, góticas y del Renacimiento, dedicaré aquí sólo un recuerdo sencillo, sin pretensiones—¡claro está! y menos en materia de sobra conocida por arqueólogos y eruditos—de formal estudio, ó ilustrada presentación.

Interesan bajo este aspecto de su notable antigüedad las siguientes: la cámara santa que existe en la catedral de Oviedo; las iglesias San Miguel de Lino ó Lillo, y Santa María de Naranco; San Salvador de Val de Dios, contiguo á Villaviciosa; Santa Cristina, en Pola de Lena; San Julián de los Prados; San Salvador de Priesca y San Salvador de Fuentes. De todas estas preciosas joyas sólo pude ver las cuatro primeras; no me permitió mi veraniega estancia visitar las demás, como era mi deseo.

Alfonso II el Casto (791-842), estableció su corte en Oviedo; no bastando á las grandezas de su ya respetable monarquía las modestas residencias de Cangas de Onís, donde vivieron Pelayo y Favila, ni de Pravia, adonde la trasladara Silo (774-783), y habiendo nacido en aquella ciudad, quiso engrandecerla aumentando los esplendores de la vida civil, eclesiástica y militar en ornatos y monumentos, ganoso de resucitar las magnificencias de los tiempos de Recaredo y Wamba. Refieren los cronistas que al mágico poder del esforzado y emprendedor monarca, surgieron palacios, templos, cenadores, baños públicos, quintas elegantes que embellecían la ciudad, fuertes murallas y costosos acueductos que procuraban su defensa y aseguraban su vida, y ornamentación lujosa de ricos metales y preciosos mármoles que favorecían el desarrollo de las artes.

Derruída y profanada por las correrías de los árabes la basílica de San Salvador que fundó su padre el Príncipe D. Froila, la reconstruyó

---

Sabugo, Santa María de Val-de-Dios, Santa María de Villaviciosa y San Antonio de Bedón.

## ESTILO OJIVAL

### Siglo XIII

San Francisco de Oviedo, claustro bajo de la catedral.

### Siglo XIV

Capilla de los Alas en Avilés.

### Siglo XVI

Colegiata de Calas.—Iglesia de Llanes.

### Siglos XIV, XV y XVI

Catedral de Oviedo.

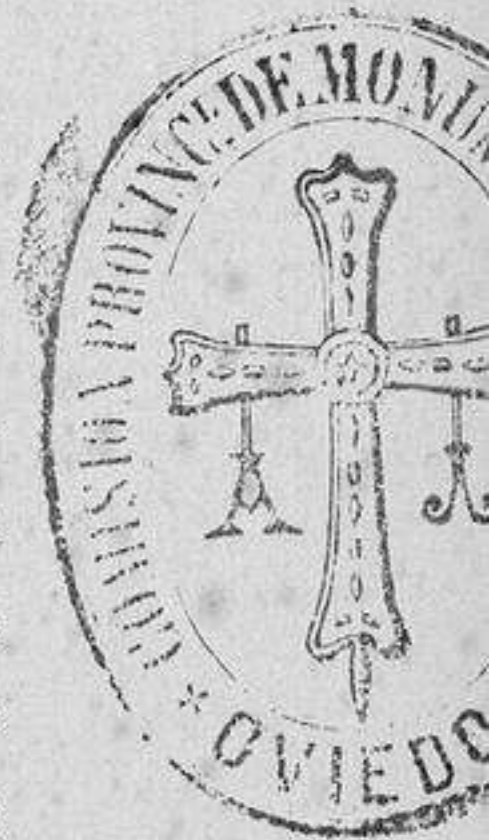


de piedra, durando esta obra muchos años, bajo los planos del Arquitecto Tioda; en ambos costados, y separadas tan sólo por el crucero, construyó á modo de capillas de la catedral, dos nuevas iglesias; una, la de Santa María, que dedicó á panteón suyo y de sus sucesores; la otra, consagrada á San Miguel, la dedicó á servir de custodia á las santas y famosas reliquias que guarda el arca traída de Jerusalén al Africa—según cuenta el Obispo de Oviedo D. Pelayo,—luego de allí á Toledo, para que por último, y siempre como perseguida por los árabes, hallara refugio estable y seguro en Asturias.

Créese que de la primitiva fábrica del Rey Alfonso el Casto queda sólo la parte de capilla que hoy contiene el arca, muy poco larga y poco ancha (18 pies por 16), de bóveda baja y maciza, con una ventanita arqueada en el testero. Esta construcción tosca, ruda, sólida, se continúa con otra sala ó cámara de techo más elevado y de mayor longitud, la cual por sus labores, sus pareadas columnas y las esculturas á ellas adosadas y como sosteniendo, casi á modo de cariátides, los floreados capiteles, impostas y arcos de piedra, trabajados con esmerada labor, atestigua ser indudablemente de siglos posteriores, cuando ya el arte romano-bizantino cubría de maravillas arquitectónicas el suelo hispano, conforme el pueblo sometido lo iba arrancando al poder de la morisma.

Pero si han perdido mucho de su carácter los escasos restos subsistentes en la catedral, no sucede lo mismo con los dos templos construídos á poco más de un cuarto de legua, en la falda del monte Naurancio, como dominando el melancólico valle donde se asienta la vieja ciudad. Obra son de Ramiro I, y testimonio aun vivo de la suntuosidad de sus tiempos, del estado de su arquitectura y de sus artes. Templo de *admirable belleza y perfecto ornato* llamó al de Santa María el Obispo de Salamanca, su coetáneo; y en verdad que dentro de la pequeñez de sus dimensiones, por su esbelta y sólida construcción, por sus proporciones armónicas y aéreo conjunto aun hoy día seducen ambos, y prueban ser de esmerada fábrica, digna compañera del palacio y lindos baños que junto á ellos fueron construídos, y de los cuales ya nada queda, rodeándoles una tristeza y soledad que llevan el pensamiento á la sentida queja del inspirado Acebal, cuando decía:

Alli baxo'ta el monte Naranco,  
El que tien engarzá aquella perla,  
Que á la Virgen llabroi el rey Ramiru,  
Desque llimpió d'Asturies la verguenza.





Y al par d'ella aquel utru blincu d'oro  
Del Santu San Miguel, del que con pena  
Güelvo tristes, muy tristes, los míos güeyos  
Al ver que de sí mesmu ye güesera.

La iglesia de Santa María, algo desfigurada por desagradable cierre de airosos arcos y por adosamiento de pobre construcción, se reduce á una sola nave con dos camarines en los extremos, unidos por arcos con la sala central. Tiene debajo una cripta de las mismas dimensiones con la entrada independiente. Debió ser muy airoso templo Santa María, cuando las arcadas de sus camarines extremos, y aun quizás las de sus muros laterales, estuviesen por completo libres de toda oclusión.

Sus grupos de columnas estriadas en forma de retorcido cordoncillo; sus capiteles octógonos y de caprichosa belleza toscamente asentados sobre los fustes; la franja que ornamenta muros, jambas y cercos; los medallones y relieves que embellecen las fajas resaltadas de la bóveda; los antepechos colocados en el vacío de los espaciosos ventanales que hacían del templo como un tabernáculo al aire libre, tal vez para que fuera se agrupase á su alrededor todo un pueblo; la riqueza de líneas curvas graciosamente combinadas en reducido espacio... convierten á Santa María en una creación, producto mejor sin duda que de un arte naciente de un arte que expira, y cuyos admirables motivos y adelantos aciertan todavía á realizar delicadezas que impresionan el ánimo de todo observador ilustrado.

De plano muy diferente, también de pequeñas dimensiones y de un conjunto no menos precioso, es el templo San Miguel de Lino ó Lillo, que dista del anterior muy pocos pasos. La curiosa agrupación arquitectónica de sus diferentes partes; la disposición de sus naves, ábside y cruceros; el labrado de sus piedras; las ventanas semicirculares que perforan sus muros, y muy principalmente los ajimeces que ostenta á cada lado del crucero, formados de tres arquitos descansando sobre cuatro columnas estriadas, y teniendo encima un cuerpo de círculos concéntricos de exquisito gusto árabe, delicadamente trepados, lo cual hace de estas lumbreras verdaderos encajes de piedra; la trenza que en el interior orla sus arcos torales; los bajo-relieves que guarnecen las jambas de las puertas, sus círculos y follajes de acanto..... todo denuncia una obra esmerada, que sorprende y maravilla cuando se considera su antigüedad, y el período de relativa barbarie en que fué construída.

No me causó menos sorpresa y gratísima emoción el curiosísimo templo de San Salvador de Val de Dios, cerca de Villaviciosa, construí-



do á fines del siglo IX, probablemente por unos monjes benedictinos, quizás con intervención de Alfonso III el Grande, y consagrado con gran pompa en 16 de Septiembre del 893, á cuyo acto asistieron siete obispos.

Se diferencia este templo muy mucho de los otros dos ya descritos: Santa María de Naranco recuerda la *cella* ó templo pagano; San Miguel la construcción bizantina, y San Salvador la basílica latina con sus tres naves, la central más elevada y las laterales más bajas. La configuración del portal que precede al templo; los capiteles bizantinos de sus columnas; los arquitos de su ajimez arábigo sobre la puerta principal colocado; los crestones almenados que coronan la espadaña iguales á los de la mezquita de Córdoba; las lumbreras vestidas con calados de piedra de muy exquisito gusto oriental; su pequeñez toda unida á la robustez de su fábrica, enamoran y sorprenden como cuando se contempla obra jamás vista y no esperada.

Resultan ser templos, los mencionados, incluso el de Santa Cristina, de Pola de Lena, verdaderamente notabilísimos y de extraña contradicción, pues dijérase de ellos, que si parecen ermitas por su exigua capacidad, en la cual apenas cabe un pequeño cortejo real, son como catedrales por la disposición de sus plantas, la robustez de su fábrica, la delicada y primorosa labor de sus columnas, capiteles, ajimeces, calados, franjas y bajo-relieves, por lo cual, de tal manera y en tanto grado impresionan, que, sin querer, suscitan en el pensamiento muchas y graves meditaciones.

Bajo su aspecto arqueológico tienen excepcional interés, porque son testimonios perfectamente conservados de un período arquitectónico desaparecido casi por entero, el de las construcciones godas; y de tal importancia en la historia y desarrollo de la arquitectura cristiana española, que el gran Jovellanos creyó podían servir para justificar la existencia de un estilo regional, al cual llamó arquitectura asturiana. Siquiera esto no sea exacto, y antes bien, como opina Caveda en su eruditísimo ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España, sean ejemplares de los que marcan un período general, y, mejor aún que un fruto exclusivo de la región y de la época, denuncian un estilo subordinado al clásico latino, en sus transformaciones neo-griegas, el cual, desde el siglo V al X, predominaba en los restos del bajo imperio de Occidente, sometidos á los pueblos godos; sin embargo, no se puede ni debe ocultar que aparecen como ejemplares únicos, aunque muy diferentes por su aspecto, su construcción y las disposiciones generales de sus miembros, de aquel otro estilo románico bizantino que tras de ellos iba á prosperar, adqui-



riendo su esplendor en el siglo XII, y más diferentes aún del afiligranado y suntuoso gótico-ojival, que había de conseguir su mayor apogeo en el siglo XV, igual que del elegantísimo y primoroso plateresco que á éste sucedió.

Dichos templos fueron construídos en un período de transición, y por eso marcan, con ingenuidad encantadora que maravilla y despierta al punto singular cariño, la influencia bizantina, con la alegría, la frescura y la riqueza del detalle oriental, dentro de la adustez, tosquedad y decaimiento del estilo á la sazón expirante. Así, por ejemplo, el ajimez de San Salvador y los que lucen en los extremos del crucero de San Miguel de Lino, impuestos de cualquier modo en muros sóbrios y robustos, forman una riqueza ornamental tan candorosa y significativa, cual lo sería, por ejemplo, un prendido de vaporoso y fino encaje en la vestidura de rudo trabajador; y son una prueba de cómo los arquitectos de entonces, cuando procuraron restituir á la naciente y pobre monarquía de los Alfonsos II y Ramiro I, que tenía su asiento en Oviedo, los esplendores de la monarquía goda, que tuvo su capital á orillas del Tajo, así cuidaban de inspirarse en las importaciones que desde el siglo V hacían en Italia, principalmente en Ravena, los arquitectos de Bizancio, como en los flamantes aspectos de la arquitectura árabe que comenzaba á desarrollar el pueblo conquistador que entonces dominaba en España, y con el cual los cristianos habían de vivir durante ocho siglos, ya en sangrientas luchas, ya en amistosas pleitesias.

Otra reflexión surge inmediatamente, cuando el observador considera que tan pequeños y embrionarios templos son representación del esfuerzo suntuario y monumental de naciente monarquía, cuya obra hubieron de celebrar como portentosa los cronistas y prohombres de la época; tal es la convicción de la deplorable decadencia adonde llegó el fausto religioso de pasadas civilizaciones. Representan estas iglesias cuando se las compara, por ejemplo, con el Ramaseum, egipcio; con los templos de Minerva en Olimpia y Delfos, y con el de Júpiter Capitolino, en Roma, que le precedieron en muchos siglos, y representan, asimismo, cuando se las compara con las que la misma religión cristiana había de elevar más tarde, á modo de muy estrecha y peñascosa garganta que uniera dos feraces y dilatadas vegas. Produce tierna y entusiasta emoción ver en ellas los esbozos de las grandiosas catedrales que después han de sucederlas, igual que conmueve ver en el pequeño y débil niño el hombre vigoroso y soberano de lo futuro. Aquella *cella* de Santa María de Naranco, en la cual no cabría el cortejo del vencedor de la batalla de Clavijo, su fundador; y aquella basílica de



San Salvador de Val de Dios, donde difícilmente podría orar comunidad algo numerosa, despiden el pensamiento á la comparación con San Pablo de Londres, Santa Sofía de Constantinopla, las catedrales de Milán y Sevilla..... y muy principalmente con el magnífico San Pedro el Vaticano, y lo sumen en hondos y sentidos discursos acerca de la historia de los pueblos y la vida de las religiones. Los grandiosos templos que la religión de Isis y Osiris elevó en las orillas del Nilo, y á los cuales precedían calles con muy colosales esfinges de basalto, embargaban la existencia y el esplendor de todo un imperio poderoso; como ese gigante que hay en la plaza de San Pedro, de Roma, por ejemplo, entraña las magnificencias de toda una civilización. Eran San Salvador de Val de Dios y Santa María de Naranco sin duda catedrales de sus azarosos y duros tiempos, y maravilla el ánimo considerar cuánto debían prosperar las artes en sus obras y el espíritu cristiano en sus ideales á fin de realizar, algunos siglos después, esas monstruosas creaciones para las cuales habían de arrancarse de cuajo montañas de mármol y de granito; los Bramantes y Herreras habían de concebir sus más atrevidos proyectos; los Buonarrotti, Bernini y Canova cincelar sus más bellas estatuas; los Rafael, Vinci, Fray Angélico y Ribera componer sus más inspirados lienzos; los Palestrina y Mozart escribir sus más conmovedores cantos; las fábricas y telares urdir sus más finos encajes y tejer sus más ricas telas, y de esta suerte todos los hombres esmerarse en consagrarles lo mejor y más valioso de sus productos, como en ofrenda y testimonio de una sacrosanta veneración al Dios Todopoderoso.

Pero si esto representan los antiguos templos de Asturias bajo su aspecto arqueológico, representan algo más sublime y venerable desde el punto de vista social y religioso: aludo al símbolo de aquella fe que se opuso á otra muy ardiente de los árabes, y fué la que indujo á nuestros padres á luchar contra los infieles, mantuvo batalladores durante ocho siglos á los vencidos del Guadalete, y logró, por último, obra antes nunca realizada: fundir en una raza y en una verdadera nación los variados pueblos que, durante el transcurso de muchos siglos, habían ganado el suelo hispano.

Cuanto más avanza la humanidad en su vida, y mayor número de pueblos acuden con sus hechos á las enseñanzas de la historia, más evidente se hace el principio de que las naciones cumplen determinadas leyes en su nacimiento, desarrollo y muerte, constituyendo una psicología lógica, racional, fatalísima, dentro de la cual aparece la fe religiosa como uno de sus más poderosos y transcendentales motivos de existencia. La fe trasladó el pueblo árabe desde Asia á Europa,



como la fe trasladó el pueblo cristiano desde Europa á Palestina cuando las cruzadas: contra un ideal no hay más adversario posible que otro ideal, contra una superstición otra superstición, contra una fe otra fe. Estos referidos templos que hoy se hallan casi exactamente como fueron erigidos en los comienzos de la reconquista, tienen caldeados sus toscos sillares con el ardor religioso de nuestros padres, y han recogido en sus diminutas naves las plegarias de terror unas veces y los cantos de victoria otras, que entonaba un pueblo niño. ¿Cómo no sentirse profundamente emocionado al pisar hoy aquellas losas, donde tantas heroicas generaciones han clavado la rodilla, y han rendido su cabeza, ya coronada con los laureles del triunfo, ó ya abatida con los infortunios de la esclavitud?

Vamos á concluir.

Siempre encuentra hermosa y adorable, el espíritu de hombre bien nacido, la tierra donde yacen las cenizas de sus antepasados, y donde corrieron los primeros años de su vida, pero ha de encontrarla mucho más hermosa y adorable cuando tiene tantas seducciones como Asturias; porque sí todas las provincias de España son interesantes y conmovedoras por sus heroísmos y bellezas, pocas en verdad rivalizan con el principado bajo este aspecto. Las grandes emociones por los más épicos acontecimientos de la historia patria, la seducción por los más lindos y grandiosos panoramas, el respeto por las costumbres más arcaicas y lugares más venerandos, el hechizo por los ritmos musicales más expresivos y el lenguaje más melódico, el interés por los gérmenes de una vida industrial opulenta, el amor por la belleza y la amable condición de sus habitantes..... toda esa rica variedad de sentimientos que embarga un alma con poderosos y muy irresistibles atractivos, desarrollando afecto hondo y perdurable, todo surge en el alma cuando se conoce Asturias y se penetra en su vida íntima.

¡Así se comprende el imperecedero amor de sus hijos por la tierra natal! ¡Así aquella su mortal tristeza y dolor incurable por la patria ausente, *nostalgia* que ellos, como sus vecinos los gallegos, tan frecuentemente sufren! ¡Y así también ese crecido número de asturianos que, habiendo cruzado el Atlántico en la más tierna edad para crearse azaroso destino en países lejanos, luego que se enriquecieron convierten sus pasiones y suspiros al concejo que les vió nacer, y allí tornan á pasar los años de su vejez y á que sepulten sus despojos los amigos!

Me ha conmovido mucho en mis viajes ese tipo llamado el indiano, á veces menos querido de lo que debiera serlo aun entre sus mismos connaturales, quizás ridículamente molestados por sus riquezas y por cierta fútil vanidad que éstas puedan despertar en quienes las poseen.



Sin embargo, no sólo han enriquecido las villas y las aldeas, sino que han transformado el espíritu de sus paisanos haciéndolos más avisados y progresivos. Y si muy estimables me parecían cuando contemplaba las ricas y elegantes construcciones que han levantado en Oviedo, Gijón y Avilés, hermoseando mucho estas ciudades; más dignos de aprecio y gratitud los juzgaba todavía cuando, en mis excursiones por las variadas comarcas, al recorrer parajes pobres en todo, hasta en belleza panorámica, divisaban mis ojos allá, en lo alto de la loma ingrata, cerca del lugarcillo obscuro y de la modesta ermita, en oscura y sencilla feligresía, una casa grande, sólida y con aspecto notorio de bienestar y recursos; y al preguntar de quién era, oía que me decían «de un indiano», es decir, de un ser que salió de aquí arrojado por la miseria y las desdichas, que fué muy lejos, que padeció amarguras y realizó trabajos sin cuento para conseguir, á fuerza de privaciones, un capital, y cuando tal logró convirtió sus amores á esta tierra ingrata y pobre, y aquí vino á depositar, como ofrenda de un cariño desinteresado y puro, la riqueza de sus ahorros con la experiencia de sus años para quizás de nuevo emprender la primitiva rústica faena, pudiendo exclamar con el sabio Caveda, en su hermosa composición «La vida de la aldea»:

Que yo entre los míos fíos sosegadu  
Si la lleche y boroña non me falta,  
Y tengo al llar el pucherín tresnadu,  
Y la manada pe los campos salta  
Alegre y farta, y pad el mio ganadu  
Les yerbes de San Xuan, ciertu más alta  
Fortuna non pretendo, nin quixera  
Q'otra suerte mejor la mía fuera.

¡Oh, la bella Asturias! Cierro los ojos, reconcentro el pensamiento, y, como en una sinfonía brillante se dejan oír rápidos y expresivos todos los grandes motivos de la ópera, de igual modo surgen poéticas en mi cabeza las mil interesantes impresiones que hube de sentir durante mi estancia en la hermosa provincia. ¡Cuántas fueron! La bravía y colosal peña de Covadonga con su espacioso cóncavo, y en su interior la gruta Santa, el sepulcro barroco de Pelayo, la venerable imagen de la Virgen y las copiosas cascadas nacidas en los altos lagos, precipitándose con estrépito sobre rocas verdinegras, para unirse de seguida al histórico Piloña, cerca del legendario campo de la Jura; Gijón, con su animado puerto, y sus grúas lanzando al aire las vagonetas repletas de carbón mineral para vaciarlas de golpe en las bodegas de los barcos; las sangrías de los grandes hornos de Mieres, Sama y Trubia, vomitan



tando sobre moldes de arcilla la corriente glutinosa y resplandeciente del bronce y del hierro dulce fundidos; las pavorosas y asfixiantes galerías mineras de las cuencas carboníferas, con interminables caminatas realizadas dentro de vagonetas, por un dédalo de vueltas y revueltas, á la luz indecisa de humeantes candilones; la riqueza y hermosura de sus panoramas, ya idílicos y rientes como el de Cangas de Onís, ya plácidos, serenos y majestuosos como el del valle de Villaviciosa, ó ya soberbios, amplísimos y gigantes como el de la desembocadura del Nalón; la frescura y frondosidad de sus praderas y huertas, de sus maizales y arboledas, donde el verde luce mil delicadas entonaciones; lo característico y severamente pintoresco de sus pobres viviendas y de sus aéreas trojes; el número y calidad de sus templos, desde la esbelta y primorosa torre gótica de la catedral ovetense, maravilla en su estilo, hasta la ruinosa iglesia románica, abandonada en la meseta de un verde altozano, ó en las orillas de cualquier alegre río; las alegres fiestas y romerías con los círculos inquietos de sus danzas tradicionales, y la alborotada música de sus gaitas, cuyos sonidos de ricas y penetrantes notas, no sólo parece que trascienden á esencia de flores silvestres y plantas labiadas de las montañas, sino además expresan muy variados y sentidos acentos que acongojan el corazón, y hacen exclamar con Ruíz Aguilera:

Recuérdame aquellos cielos  
y aquellas dulces auroras,  
y aquellas verdes campiñas,  
y el arrullo de sus tórtolas,  
y aquellos lagos, y aquellas  
montañas que al cielo tocan,  
todas llenas de perfume,  
vestidas de flores todas,  
donde Dios abre su mano  
y su tesoros agota.  
Mas, ¡ay!, como me recuerda  
también que hay allí quien dobla,  
en medio de la abundancia,  
al hambre la frente torva,  
*no acierto á decirlos  
si canta ó si llora:*

la finura y corrección étnica del tipo asturiano, siendo ellos, como son, prototipos de obrero inteligente, laborioso, honrado y sufrido; y siendo ellas de muy delicada belleza, con la cabellera rubia como aquel su suave lino, y de tan hacendosa condición que las ve siempre el pensamiento con la refulgente herrada sobre la cabeza, mudas y esbeltas



como las soberbias cariátides del Erecteón famoso; su melódico y terminísimo dialecto que, en labios de Teodoro Cuesta, parecíame el verbo de la poesía y del amor, igual que sus inspirados aires populares en boca de Vital Aza me parecían las más dulces baladas que escucharon los oídos; el gratisimo mosto champañado de sus manzanas, y las sabrosas *fabes* de sus comidas..... y así motivos infinitos de encanto regional que hacen surgir en el pensamiento bella y adorable la encarnación de una tierra privilegiada, por la cual suspira el alma y los labios profieren un lacónico deseo: ¡Bendita seas!

Noviembre de 1894.









